

A estas palabras, oyóse
Tras de la cerrada puerta,
Inesperado ruido,
Y tras él de golpe abriéndola:
Señora, el alba despunta,
Dijo apresurada Estrella,
E interrumpida la plática
El moro salió siguiéndola.
Partió silencioso Muza
Saltando otra vez la reja,
Y con el pomo en las manos
Quedó á solas la condesa.

Iba á rayar el sol en el Oriente:
Y la serena luz de la mañana
Tenía suavemente
Con brillantes matices de oro y grana
La diáfana estension del horizonte:
La claridad tendiendo mansamente
Por las laderas del lejano monte.

En un balcon que á los jardines mira
Del palacio de Burgos, en que mora,
Sombria y melancólica suspira
La que en tiempo mejor fué su señora.
Ella es, sí, la condesa doña Blanca
Que á impulsos de secreto sentimiento
Hondos suspiros de su pecho arranca,
Y de sus labios los arranca el viento.
Bella matrona, por la edad no ajada,
Aun muestra cuanto fué su edad primera
En gracia y hermosura aventajada;
Un brilla en sus miradas, hechicera
La luz de la pasión, y aun á despecho
Del pesar que la acosa
Tienen su bello rostro peregrino,
Y sus torneados hombros y alto pecho
El color del jazmin y de la rosa,
Que envidia dieran al pincel de Urbino.
Hermosa, sí, se ostenta todavía
A pesar de la nube que encapota
Su frente melancólica y sombría.
Sus miradas en tierra distraida
Fija, sin ver lo que delante tiene,
Y en turba al parecer descolorida
Pasan por su memoria sus ideas
Tardas en paso y en contorno feas.
Encendidos sus párpados, parece
Que romper á llorar tal vez ansían,
Y pálido el carmin que antes tenían
Sus labios, que el amor ora enardece,
Muestra, por Dios, (y ciegos lo verían)
Lo que su inquieto corazón padece.
A veces frunce receloso el ceño
Cual si oculto terror le amedrentara,
Y á veces gime, cual si horrible ensueño
Su apesarado espíritu acosára.
A veces reteniendo en su garganta
El conturbado aliento,
Agitado su pecho se levanta
Cual mar que turba desigual el viento,

Y á veces tenuamente respirando
Toda la fiebre ahogando que la agita,
En sueño dulce, misterioso y blando
Tranquilamente al parecer dormita:
Todo en ella por fin está mostrando
Que grave asunto con afán medita,
Y que si acaso la razón le asiste,
Prestarla fé su corazón resiste.
Largo tiempo pasó de esta manera,
Hasta que al fin saliendo de repente
De su enagenación, rápidamente
Formó sin duda decisión postrera,
Y al punto se quitó de la vidriera.
Falsa sonrisa en rededor vagaba
De sus fruncidos labios al quitarse
Y siniestra su faz amedrentaba,
Amarga su espresion de contemplarse:
Y con prudente voz llamando á Estrella
Y á sus palabras dando astuto giro,
Exhalando un suspiro,
Plática tal enderezó con ella.

LA CONDESA.

Mucho te he amado siempre, Estrella mia:
Mis secretos mas graves
Siempre mi corazón del tuyo fia,
Que de mi corazón tienes las llaves.
Que me sirvas espero
Leal correspondiendo á mi cariño
En un negocio, que encargarte quiero.

ESTRELLA.

Vuestra, señora, soy, y ya os he dicho
En otras empeñadas ocasiones
Que ley es para mí vuestro capricho,
Y los antojos vuestros son razones.

LA CONDESA.

Oyeme pues, Estrella,
Que cosa es que me importa
Y tiene ejecución fácil y corta.
El conde, mi buen hijo don García,
Secreto mal padece
Que descuidado mas de día en día,
De día en día con peligro acrece.
Apuré las razones,
Los argumentos agoté del todo
Para hacerle tomar una bebida
Que puede solo resguardar su vida,
Y de usarla con él no encuentro modo.
Un solo medio veo solamente,
Tómela de tu mano incautamente.

ESTRELLA.

¿De mi mano, señora!

LA CONDESA.

Si por cierto;
El cree que es un secreto su dolencia
Que juramos guardar en la conciencia
Los médicos y yo, que la sabemos,
Y solo de nosotros se recela
Que á su pesar curársela queremos,
Y es inútil contigo su cautela.
¿Qué dices?

ESTRELLA.

Yo, señora. . . .

LA CONDESA.

Desconfias

De su madre tal vez? mujer ingrata,
¿No le he llevado en las entrañas mias?
Por sospecha tan ruin ¡viven los cielos!
Que inaudito castigo merecias.

ESTRELLA.

¡Oh! perdon, mi señora la condesa,
Calmad vuestros enojos;
Que en ocasion tan grave
La duda es natural en quien no sabe.
Mas hablad, disponed, toda soy vuestra,
Huérfana y pobre me ofrecí en la infancia
Para solo serviros, y de entonces
Fuisteis mi madre vos, vos mi maestra.

LA CONDESA.

Pues bien, que sea hoy mismo me interesa.

ESTRELLA.

Mas la ocasion.

LA CONDESA.

Muy fácil: en la mesa.

Yo el elixir derramaré en su copa,
Tú se la servirás cuando la pida
Y de este modo le darás la vida.

ESTRELLA.

¿Yo se la he de servir. . . . ?

LA CONDESA.

Seguramente.

Que la beba es de tí nuestra fortuna,
Mas sin señal de inteligencia alguna
Con mano firme y con serena frente.
¿Entiendes?

ESTRELLA.

Será así.

CONDESA.

Pues así sea;

Y ayúdame á acostar, Estrella, ahora,
Y cierra ese balcon, porque no sea
De una noche de amor puerta traidora.

ESTRELLA.

Cierro y tranquila reposad, señora.
Y al vecino aposento
Salió Estrella obediente,
Mas ¡ay! que no avezada al fingimiento
Trémula fué, y el rostro macilento
A dar en un sillón lánguidamente:
Y en su errante mirada
Veíase en verdad su afán interno
Y su pavora al crimen retratada.
Abrió una puerta, pues, con mucho tiento,
Y por una escusada escalerilla
Cabo á poner á su secreto intento
En la antesala dió el aposento
De don García, Conde de Castilla.
Su paje favorito allí velaba,
Sí, allí Montero á la sazón se hallaba,

Y á la llegada de su amante Estrella
En un sillón de roble dormitaba,
Mas despertóse al percibir su huella.
¡Hermosa! dijo, y la tendió los brazos,
Mas ella suavemente
Esquivando sus lazos
Peligrosos tal vez, rápidamente
Con voz turbada, y con prudencia mucha
Apartóle diciendo: *Sancho, escucha.*
Hízolo Sancho así, y al ir oyendo
Lo que ella en baja voz le iba diciendo,
Notábase mas claro á cada instante
Que el fuego del furor iba subiendo
Desde su corazón á su semblante.
¡Bien! dijo el mozo al concluir Estrella:
Vete tranquila, que estaré presente;
Y á punto tal tornándose la bella
Por la misma escalera donde vino,
Tornóse á su sillón tranquilamente
Montero, y á cumplir con su destino.

Y el sol por el firmamento

A largo andar se venia,
Cuando llamó soñoliento
Desde su oscuro aposento
El conde Sancho García.
Montero, como le oyó,
De la mampara al dintel
Atento se presentó,
Y tras algo que le habló
Cerróse dentro con él.
De la fatiga al quebranto
Rendíase al sueño en tanto
En la antecámara Estrella
De su ama; mas ¡ay! que de ella
Se huía tan dulce encanto.
A vueltas sobre su lecho
Con el afán de su pecho,
Hasta el aire que aspiraba
La parecia que estaba
Emponzoñado y estrecho.
En vano el rostro agitado
Del uno y del otro lado
Acomoda entre la ropa,
Los ojos se la han cerrado
Con la imagen de una copa;
Y aunque sin luz los mantiene
Por mucho que los aferra,
Su odioso contorno viene
A dar á sus ojos guerra,
Y desechada la tiene.
Por mas que en dulces memorias
Su mente estraviar procura
Y en sazonadas historias,
Sus dichas torna ilusorias
La copa de su amargura.
No duerme, no, que al impulso
De un pensamiento cruel,
Dentro del cuerpo convulso
Se la desborda del pulso
Toda su sangre en tropel.
Ideas mil en su mente
Que fermentan en monton,

La atormentan fieramente,
Y siempre el latido siente
Del trémulo corazón.
No duerme, no, que en el alma
Do la virtud no respira,
La paz del reposo espira
Y airado el sueño retira
El bálsamo de la calma.
No duerme, no, la condesa;
Que vela desesperada,
De remordimientos presa
Siempre anhelando ¡malvada!
Lo mismo de que la pesa.
Otro remedio al amor,
Que en su corazón batalla,
Y lucha contra la valla
De su amancillado honor.

“No! dice en su desvarío,
Ceder no sabré jamás,
Por Dios que me sobra brío!
Ven, Muza, y si tú eres mío,
¿qué me importa lo demás?”

Tendamos, lector, un velo
Sobre esta infernal pasión,
Que de escudriñar me duelo
Secretos que puso el cielo
Del hombre en el corazón.

Con la sonrisa en los labios
Y con la faz cariñosa,
Sentóse el conde á la mesa
En cuanto llegó la hora.
Con la sonrisa en los labios
Aunque con la vista torva,
Sentóse á par la condesa
En el lugar que la toca.
El hijo en el puesto bajo,
Que aunque lleva la corona,
Ante su madre la olvida,
Y como á quien es la honra.
La madre en el preferente,
Pues aunque parte no toma
Del condado en el gobierno,
Siempre en su casa es señora.
Detrás del conde está Sancho,
Que la confianza goza
De su señor, y le sirve
Con atención oficiosa.
Tras doña Blanca está Estrella,
Que es la camarera sola
Que la sirve ha largo tiempo
En la mesa y en la alcoba.
Escancia Sancho el licor
Al conde con mano pródiga,
Y lo hace con la condesa
Estrella con mano sobria.
Bebe el conde cual lo exigen
Las fatigas que le agobian,
La condesa cual permite
El decoro en su persona.
El como hombre que pelea,

Caza, y medita, y trasnocha;
Ella cual madre de príncipes
Y como ejemplar matrona.
Aunque larga en las viandas
Mesa es en palabras corta,
Cosa en quien negocios tiene
De grave interés, muy propia.
Crúzanse pues las palabras
Interrumpidas y pocas,
En tanto que los manjares
El apetito acogotan.
Sancho, dijo de repente
El conde, escancia Borgoña,
Que aunque es licor extranjero
Deja buen gusto en la boca.
Lo cual la condesa oyendo
Intervino presurosa:
Estrella, sírvele al conde,
Sancho, trínchala tú esa lonja,
Que aunque de parte escogida
No tiene punto de sobra.
Palideció un tanto Estrella
Asiendo al punto la copa,
Y así del cuchillo Sancho
Con mirada escrutadora.
Fruició doña Blanca un poco
Los labios, que descolora
Ligero matiz morado
Señal de temor ó cólera,
Y don García sereno
Con gravedad magestuosa,
Fijos los ojos en ella
El vaso llevó á la boca.
Paró el cuchillo Montero
Inmóvil sobre la lonja
Que dividía, y Estrella
Se estremeció de congoja:
En tanto que doña Blanca
Con hondísima zozobra
Le contemplaba, sus ojos
Saltándola de las órbitas;
Y en este momento el conde
Alargándola la copa,
La dijo con voz tremenda:
“Bebed primero, señora.”
—¡Yo! replicó la condesa
Con voz descompuesta y cóncava.
—Vos misma, la dijo el conde
Con voz iracunda y bronca.
Postróse Sancho de hinojos
Sentencia tan horrorosa
Al escuchar, pero en vano,
Nada á don García asombra.
De cólera y de venganza
Vértigo infernal le acusa,
Y todo su ser á su ímpetu
Se descompasa y trastorna.
Todo recuerdo calmante,
Toda intención generosa,
De la indignación á impulsos
Del corazón se le borra.
Y con el brazo estendido
Y faz amenazadora,

A la condesa presenta
Resueltamente la copa.
—¡Señor! esclamó Montero,
¡Vasallo! (en voz tronadora
Interrumpió don García),
Quien por infames aboga,
Solo cavar su sepulcro
Junto á su sepulcro logra.
Y á la condesa volviéndose
Siguió diciendo: señora,
Venderle quereis al moro
Mi cabeza y mi corona,
Que con torpeza inaudita
Y amor sacrilego compra;
A morir pues disponeos
Como liviana y traidora
—¡Hijo mío!

—No, apartad
Tal nombre de la memoria.
¡Y voto á Dios! bebed pronto
Que mi paciencia se agota.
—Hijo mío, por la santa
Esperanza de una gloria....
—Callad y apurad el vaso....
Esa es la vuestra y no hay otra.
Y aquí la condesa viendo
Que es vana esperanza toda,
Desesperada y sañuda
Contra sí misma se torna.
Radió en su fiero semblante
Horrenda expresión diabólica,
Que en su corazón aloja:
Y con firmeza que fuera
En causa mejor heroica,
Apuré de un solo trago
La preparada ponzoña.
Cayó sin sentido Estrella,
En oración fervorosa
Sancho encomendó su alma.
Y el conde con mano pronta
Arrojó contra las tapias
El resto de la ponzoña.
Quedó la condesa un punto
Fantasma amedrentadora
Frente á don Sancho en silencio;
Mas pronto el fatal Borgoña
Tendióla en tierra de espaldas
Al fin desastrado prócsima.

CONCLUSION.

Es una noche lóbrega y oscura:
No ilumina la luna el firmamento,
Y en la atmósfera impura
Densos vapores amontona el viento.
De espesos nubarrones
Por su turbado azul lentos avanzan
Preñados escuadrones,
Que el aire sorben donde el aire alcanzan.
No corre ni una ráfaga perdida
Que temple de la atmósfera el bochorno,

Y el aura de la tierra desprendida
Exhalada parece de algún horno:
Y dijeran que humea
Prócsima á vomitar la oculta llama
Si el relámpago pronto centellea
Y el ronco trueno en las alturas brama.
En un balcón que á los jardines mira
Del palacio de Burgos, en que mora,
Sombrio y melancólico suspira
Don García á deshora.
El es; y al recordar de doña Blanca,
Su muerta madre, el infernal intento,
Hondos suspiros de su pecho arranca,
Que rechaza tal vez el firmamento.
Y el llanto que en sus párpados se estanca
Y el semblante humillado y macilento,
Muestran que es ya su bárbara sentencia
Carcoma que desgarró su conciencia.
Sus miradas en tierra, distraído
Fija, sin ver lo que á sus ojos tiene,
Y en confuso tropel descolorido
Pasan por su memoria las ideas
Tardas en paso y en contorno feas.
A veces frunce, receloso, el ceño
Cual si oculto pesar le atormentara,
Y á veces gime cual si en negro sueño
Fantasma aterrador se le mostrara.
A veces reteniendo en su garganta
El desigual aliento,
Agitado su pecho se levanta
Cual mar que en tumbos desordena el viento.
Y á veces tenuamente respirando,
Resistiendo la fiebre que le agita,
En siniestro delirio divagando
Lánguidamente al parecer dormita;
Todo al fin en el conde está mostrando
Que grave asunto con afán medita
Y se ve que su bárbara sentencia
Es el peso que abrumba su conciencia.
Muchas veces acaso en su abandono
Las leyes invocó que defendía;
Razon hallaba en el salvado trono
Que su venganza autorizar podía,
Pero siempre tras él con fiero encono
Salir la sombra de su madre via,
Y la ley, la razón y el pensamiento
Cedian al tenaz remordimiento.
Mas tendamos, lector, un velo oscuro
Sobre este cuadro de venganza y duelo,
Que es caso á fé de comentarse duro
Que ya ha pesado en su balanza el cielo:
Caso, lector, (y con verdad lo juro)
Cuya razón escudriñar no anhelo,
Pues pliegues son del corazón humano
Que intenta el hombre penetrar en vano.

Largo tiempo pasó de esta manera,
Y mucho más el conde así pasara
Si por bajo cruzar de su vidriera
Misterioso embozado no mirara.
A la rápida luz de los relámpagos
Su bulto en las tinieblas perseguía,
Los ojos con afán desenfajando

Si en medio las tinieblas le perdía;
Mas siempre hallarle en el jardín rodando
Con el nuevo relámpago volvía.

Brotó en su corazón sorda sospecha,
Y espoleando el honor sus presunciones
Pronto entendió que el embozado acecha
De su alcázar, ó puertas ó balcones.
Y á poco seña misteriosa oyendo
Por una reja le alcanzó trepando,
Y en ira á él encaminóse ardiendo.
Con silenciosa y recatada huella
Llegó á la estancia de la hermosa Estrella,
Y luz viendo alumbrar la cerradura
La airada vista enderezó por ella.
Mas apenas la línea había cogido
Que la abertura con la luz marcaba,
Oyó como de gente que lidiaba
Dentro del cuarto temeroso ruido.
Entre él y la bujía en un instante
Dos cuerpos á la par se interpusieron,
Que á poco en bamboleo vacilante
A la par con estrépito cayeron.
Lánzase dentro el irritado conde,
Y al ver el sitio donde
La luz prosigue, la afilada punta
Les pone de su estoque á la garganta.
Y *¿quién se atreve? vive Dios!* pregunta:
A cuya voz: *¡Yo soy!* Sancho responde,
Que de ellos solamente se levanta.

EL CONDE.

¿Qué es esto, Sancho!

SANCHO MONTERO.

Señor,

Si es que lo hecho os enoja,
Sacadme con esa hoja
El alma que os dá el honor.

EL CONDE.

Concluye, Sancho, ese hombre
Que tienes muerto á tus piés
Bañado en sangre, ¿quién es?
—Muza, señor, no os asombre.
Sin miramiento al decoro
Que en vuestra casa se encierra,
Contando iría á su tierra

Vuestra deshonra ese moro.
Yo le esperé y le maté;
Si os culpa su rey, señor,
Tratadme como traidor
Y entregadme, que yo iré;
Pues quiero de mejor gana.
Que el moro traidor me llame,
Que oírle dar por infame
A una noble castellana.
Tendióle el conde la mano
Tal oyendo, y replicó:
Sancho, así quisiera yo
Todo el pueblo castellano.
¿Cuál es el tuyo?

SANCHO MONTERO

Espinosa.

EL CONDE.

¿Eres noble?

SANCHO MONTERO.

Hidalgo soy.

EL CONDE.

Tu casa será desde hoy
Y tu familia famosa.
Desde hoy serán mis monteros,
Y de lealtad por gala
Dormirán en mi antesala
Sus bizarros caballeros.
Y lléveme Belcebú
Si temo á nadie en la tierra,
Si en la paz son y en la guerra,
Todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria
Que de su madre guardó,
Escuso decirla yo,
Pues te lo dice la historia;
Recuerdos hay todavía
Que atestiguan opulentos
Los muchos remordimientos
Del conde Sancho García.
Diré, pues, la sola cosa
Que sus recuerdos exigen,
Y es que de él tiene origen
Los Monteros de Espinosa.

DOS HOMBRES GENEROSOS.

LEYENDA ORIENTAL.

INTRODUCCION.

Envidiable es á fé don Luis Tenorio,
Su riqueza envidiable y su fortuna:
En Cádiz vive del comercio emporio,
Y oro sobre oro comerciando aduna.
Jóven, valiente y de encumbrado origen,
No es como otros mancebos altaneros,
Que solamente su ambicion dirigen
Su orgullo á alimentar de caballeros,
Y en banquetes y amores
Consumen su salud y sus dineros;
Y con mengua y baldon de sns mayores
Mueren entre rufianes y acreedores.
No, vive Dios! Don Luis lleva una espada
En el cinto prendida,
Y aunque de sangre alguna vez teñida,
Con infame traicion nunca manchada
Siempre con honra la llevó ceñida.
Cortés, galan y afable,
Pronto á satisfacer, jamas esconde
Su faz al lidiador mas formidable,
Si una ofensa vengar le corresponde.
Pero calculador como valiente,
Noble viéndose ya por nacimiento,
Que era mejor imaginó prudente
No alcanzado morir, sino opulento.
Dióse al comercio, pues, y la fortuna
Tan próspera le fué, tan halagüeña,
Que no hay empresa alguna
En que no doble el capital que empeña.
No tiene un buque que á la mar botado
No torne al puerto de botin cargado;
Ni hay cambiante en Europa ni banquero
Que no admita su firma por dinero.
Ni playa oculta, ni nacion remota
Donde suya no aporte alguna vela,
Y no le traiga de su tierra ignota
Prenda de gran valor en joya ó tela.
Londres, Génova, el Cairo, Alejandría,
Venecia... el mundo entero

Recorren sus pilotos cada dia,
Y siempre afortunados en sus viajes
Ni sufren de corsarios abordajes,
Ni fiero temporal les descarría.
Mira Tenorio en su fortuna inmensa
De su excesivo afan la recompensa;
Mas cuanto rico y noble generoso
Cual comerciante avaro ú envidioso
No calcula ni piensa.
Y no hay en la ciudad triste ó mendigo
Que á sus puertas acuda inútilmente,
Ni tiene un solo amigo
Que con su bolsa en la ocasion no cuente.
Y si un colega el capital espone
Y la fortuna ruin se la devora,
La amistad de Don Luis se lo repone,
Sin desear su mano bienhechora
Del que el favor recibe mas usura
Que gratitud... y próspera ventura.
Tal es, lector, el hombre
De quien hablarte quiero,
Y cuya historia espero
Que te suspenda el ánimo y te asombre.
No hay en ella magníficas escenas
De combates, y muertes, y sucesos
Estrepitosos llenas,
Ni por objeto mi leyenda tiene
La fortuna y el bien de un grande imperio;
La reaccion que dicen que conviene
Sufrir la sociedad; esto es muy serio,
Y no me siento yo con tanta fuerza
Para que el siglo ante mi voz se tuerza
Y varíe de faz nuestro hemisferio.
No es para mí tan colosal hazaña:
La sociedad quien pueda regenerar,
Yo cantaré despues cuando muriere
La suerte que su afan diere á la España.
Mas es un cuento asaz entretenido
Con puntas de moral sana y sencilla,
En Castilla aprendido,
A manera contado de Castilla.